

## Sergio Fernández Larraín, historiador

WALTER HANISCH S.I.

Academia Chilena de la Historia

La vida de Sergio Fernández Larraín se multiplicó a través de los años en las varias actividades en que puso su talento y su corazón.

Su carácter era alegre y franco, con un hondo sentido de la vida, que apreciaba en toda su intensidad. Era un luchador, en lo que hacía ponía mucho corazón, como puede percibirse en su estilo, muchas veces hartamente emotivo. Hombre patriota, amaba a Chile y todo lo que dijera relación con él. Hombre de profunda fe, sirvió la causa de Dios con sinceridad y dedicación. Era amable y gozador, gran señor y al mismo tiempo un trabajador infatigable, que buscaba hacer obra de calidad. No temía la polémica y ponía en ella el alma, dejando traslucir en ella su pasión y su afecto; en el ataque, revelaba, no la pasión contra el adversario, sino más bien, a veces, un dolorido sentir.

Tuvo la felicidad de estar activo hasta el final, y aunque la enfermedad lo acicateó en sus últimos años, conservó sus facultades plenas y su entusiasmo infatigable.

### *El hombre y la tierra*

Sergio tenía una tradición agrícola. El campo era para él la tradición familiar y social, con algo de costino y rudo: tierras para domar o ser derrotado. Aunque su cuna lo vincula a Puangue, hay otros escenarios familiares y personales, como Bucalemu, unido a los Fernández desde el siglo XVIII. Antigua hacienda de los jesuitas. Esa tierra mecida entre el Yali y el Rapel, dividida, todavía formó vastas haciendas, cuyo solo nombre hizo emigrar de la nativa Rioja caravanas de sobrinos a heredar la tierra bravía y a defenderla en pleitos interminables. Allí llegaron los antepasados de Sergio, y por generaciones quedaron vinculados a la tierra, y aunque emigraran lo hacían hacia otros campos. A Sergio le seducía la historia de esta tierra, acumulada primero por Sebastián García Carreto, quien la dio a los jesuitas, a cambio de algún padre que lo acompañara en esas soledades y confortara su espíritu senescente en el camino de la eternidad. Noviciado, casa de misioneros entre el Rapel y el Maule, colegio de letras clásicas, casa de tercera probación y otras actividades, ocultaba bajo el nombre de colegio su múltiple quehacer. En el remate a la salida de los jesuitas se quedó con ella un Fernández de Balmaceda, hombre con pasta para ser "tío de indias", uno de aquellos que escribían a España, viejos y solitarios, para que les mandaran un sobrino que supiera leer, escribir, hacer cuentas y que tuviera ganas de trabajar, para dejarle la herencia, después de enseñarle el trabajo remunerador. Los escrúpulos religiosos no abandonaron a estos compradores de los bienes de los jesuitas, y uno de ellos fue Fernández de Balmaceda, que dijo que en caso de tomar los jesuitas se les entregara la hacienda y en caso de negarse, se la llevara el arzobispado. Aconteció esto último y los Fernández herederos debieron comprar la hacienda al arzobispado. Y la hacienda se compró dos veces.

Era Sergio dueño del voluminoso expediente de la hacienda de Bucalemu, y le seducía la idea de publicarlo. Sólo una vez publicó el secuestro de la hacienda por el gobierno patriota. Y el resto de la historia se quedó esperando.

La marquesa de arriba es la hacienda, que en lugar de saltar a la historia, saltó a la novela con

*Gran Señor y Rajadiablos*, héroe rural, que se enseñoreaba del campo rulo, con los tranques y acequias e hizo de su extensa estepa una tierra fértil y jugosa.

### **Los cargos y los oficios**

Sergio siguió la carrera de abogado, que fuera por tanto tiempo el espaldarazo universitario del agricultor chileno. Se dedicó también a la política y fue diputado por Chiloé primero y después por Santiago, completando su carrera legislativa con la senaturía por O'Higgins y Colchagua, quince años en el Congreso Nacional. Tras siete años volvió de nuevo al plano oficial, ocupando la embajada de España desde 1959 a 1962. El resto de su vida lo dedicó a su archivo y a la historia.

El archivo era en realidad una obra histórica sin libro, pero de calidad y virtuosismo. Los archivos son variados y desparramados, fruto de muchas horas de búsquedas infatigables, y cuestan dinero y, a veces, en cantidades importantes. En las colecciones documentales está escondida la historia, como el mineral precioso en el seno de la tierra. Por eso requiere un segundo trabajo que es convertir en historia sus ricos materiales.

El archivo es una obra por sí misma independiente de la historia que encierra y de la que brota de sus veneros convertida en libros doctos y eruditos. Los archivos evitan que el historiador se convierta en un repetidor de sus antecesores y le ofrece nuevos derroteros y caminos del saber y los lleva a la cuna de la historia, a sus orígenes mismos: de donde saldrá vestida de nuevo con cosas nuevas que decir y contar.

El mérito más serio de Sergio Fernández es su archivo: una inmensa obra incompleta, donde sus personajes con el hechizo de un Pirandello, salen en busca de su autor. Ese era el otro ideal de Sergio: publicar todo su archivo en una forma o en otra; ya fuera imprimiendo los documentos, ya convirtiéndolos en historia.

Fue una carrera contra el tiempo. Aprovechó las luces del ocaso para esta gran tarea que quedó inconclusa, como todas las de los hombres, que quieren hasta el último minuto disputarle a la vida los instantes de una laboriosa creación.

### **El historiador y sus libros**

Dicen que la mancha de tinta de imprenta es indeleble: porque el que empieza a publicar no termina nunca. Sin embargo, no deja de ser una noble ocupación y un diálogo abierto en triple dirección: con el pasado que recoge, con el presente, del que es interlocutor vivo y crítico, y con el porvenir, si alcanza esa inmortalidad de la fama y de las obras maestras que sortean el mar de los siglos, los que han naufragado tantos. Esta fama depende de los hados, según el dicho latino: *habent sua fata libelli* (los libritos tienen sus hados). El campo de la literatura impresa es muy variado en sus expresiones, determinadas por las diversas maneras de contactar al público. Diarios, revistas y libros ofrecen sus espacios para el artículo, en todos niveles, y la obra mayor. No es común el autor que encerrado en su torre de marfil desdeña al público, esquiva divinidad de muchos adoradores y de pocos amantes.

El escritor corrientemente está solicitado por el público en conferencias, mesas redondas, artículos, noticias y críticas. Todo esto es parte del oficio y presencia entre los especialistas.

La historia es siempre visión del pasado, inclinada en un sentido u otro de la vida o del pensamiento, y aun de regiones o países. Nuestro autor tenía inclinación por personajes literarios en su vida y en su obra, de autores españoles y chilenos, y alguna vez hacía incursiones fuera de esta área, ya fuera en Europa, ya en América Latina.

En su obra se pueden considerar tres aspectos: primero, las ediciones de documentos, como las *Memorias de los sucesos de las guerras de Chile* y numerosos epistolarios de los más variados personajes de España, América y Chile.

El género literario que usa, está integrado por narraciones, biografías, prólogos y glosas, ya publicados independientemente, ya más comúnmente incluidos en sus publicaciones documentales. Y en este caso hay que observar que tienen a veces la extensión de un libro.

Los centros de interés en torno a los cuales gira su pensamiento se encuadran en la historia moderna y contemporánea de España, América y Chile.

Su método de trabajo consiste en encuadrar al personaje y sus interlocutores o corresponsales en su época y en su medio. Por eso el prólogo o introducción, la biografía y la glosa nos dan su método de trabajo.

### *Prólogo, biografía y glosa*

El prólogo es un género libérrimo y quien le dio beligerancia entre los géneros literarios fue Gregorio Marañón, que deseaba hacer un libro de prólogos. Sin embargo, en esto se equivocó, porque los prólogos han de ir en su sitio, al comienzo de un libro, y no en fila. En Chile ha habido prologuistas famosos, como Jaime Eyzaguirre, que los hacía breves como una chispa eléctrica, y Feliú Cruz que los hacía infinitos. Sergio Fernández se acercaba por oficio (coleccionista y editor de documentos) al prólogo exhaustivo, vayan dos ejemplos por vía de tales, la introducción a las *Memorias de los sucesos de la guerra de Chile*, de Jerónimo de Quiroga, que tiene 57 apretadas páginas, y el de las *Cartas a Bello en Londres*, que tiene 94 páginas, y al que agrega el capítulo I de la obra, que tiene 32 páginas.

Las biografías, completas o incompletas, están esparcidas en la obra de Sergio Fernández Larraín. Así, por ejemplo, en las Cartas a Bello en Londres alcanza a los once corresponsales de Andrés Bello en su decenio londinense. Las biografías son eruditas y se basan en su completa bibliografía a la que hay que añadir datos inéditos, que a Sergio le proporcionaba su excelente y desmesurado archivo. A veces se apasionaba con su personaje (¿a quién no le ha pasado?) y en esto no va sólo en la historia nacional. Se puede poner como ejemplo a Jerónimo de Quiroga y sus diferencias con el Gobernador Don Tomás Marín de Poveda, que le costó al primero la separación del cargo de Maestre de Campo General, y se debió a que en épocas alternas de la vida fue uno superior y otro inferior. Fernández da la razón a Quiroga, sin examinar si la conducta del Gobernador fue justa o injusta. Jerónimo se portó mal en la pendencia, porque usó el anónimo y con ello desató las iras del Gobernador. Una cosa olvidaba Quiroga: que el cargo era privativo del Gobernador y que quince años en el cargo era ya mucho tiempo y que los años ya lo tenían, como maestre de Campo General, fuera de combate.

La glosa es el comentario de un texto oscuro, de una ley, de un filósofo, que consiste en ir aclarando el sentido, con ánimo de ampliarlo con el propio conocimiento de la materia. La glosa recuerda a Bello, y a Sergio pudo pegársele en los contactos con el maestro. Es Arturo Uslar Pietri el que se fija en este aspecto de Bello: “Esa larga y divagante glosa, que es la escritura que nos queda en sus tenaces lecturas; pasa por todos los temas de las ciencias y las letras, como su curiosidad que no se resignaba a detenerse y encerrarse en uno sólo de ellos”. Bello al glosar una frase la reelabora varias veces, hasta que el lector pierde de vista la misma frase original que fue causa de la glosa ondulante, glosa que como dice Uslar es “glosa viva y reveladora”. Y por eso su mejor poesía es una glosa de Victor Hugo: *La Oración por todos*, pero ¡qué glosa!

Sergio al tratar de Quiroga en su vasto prólogo introductorio, repite con cierto afán no disimulable la palabra glosar. En la página xv dice: “Y para finalizar glosaremos algunas de sus reflexiones sobre los vanidosos”; en la página xxxii: “esta última, no cabe duda, se inició en 1687, año en el que comenzó a escribir el manuscrito que glosamos”, en la página lvi dice: “el apéndice que glosamos” y en la página xxxviii lo repite otra vez: “Pero todavía debemos dar un paso más: glosar y comentar sucintamente el manuscrito mismo...”. Alguna vez cambia el término y pone uno de igual significado, pero de sabor agrícola como sus triguales en la siega, en la página xlv y exclama: “espiguemos en su narración”.

Así Sergio hunde sus raíces en los viejos tiempos medievales, cuando los maestros del saber hacían de la clase un repetir comentado de los viejos y apergaminados infolios, enriqueciéndolos aquí y allá con el caudal del pensamiento propio, fértil como el campo que hace de una semilla una espiga dorada, en que se multiplica.

### *Las cartas*

Las cartas son un género clásico. Se hallan en la Biblia, Cicerón, Plinio el Joven, sin que se agote su listado interminable. En la historia hay cartas de amor como las de Abelardo y Eloísa, las de la monja Mariana Alcoforado. Desde niños oímos decir que Madame de Sevigné escribía cartas famosas, y largas, solamente cuando no tenía tiempo de hacerlas cortas. El siglo xviii alternaba entre las cartas filosóficas, como las Cartas Persas, de Montesquieu, y las novelas epistolares, como Julia, de Rousseau. Sirvan estos datos para pensar que las cartas son algo que va más allá de un género literario.

Sergio Fernández en las cartas hizo sus mejores cosechas. Díganlo si no Pablo Neruda y Gabriela Mistral, sus dos *best sellers*.

Es verdad que a veces con darlas al público se roba el fuero a la privacidad, aunque con ánimo científico de hacer historia. Esto recuerda la carta de Pedro Lira, cuadro que nos revela el sobresalto de que vean en las manos la carta comprometedora. Cartas hay que han significado un golpe de timón en la vida y en la historia.

Para salir al campo de la historia las cartas deben salir de su espontaneidad, de la insospechada discreción. Pero ése es su riesgo: hay que pensar en dos clases de personas: las que guardan todos los papeles y las que los conservan. Estas últimas, a veces por escrúpulos, después de haberlas atesorado, las queman. Uno al fin se pregunta ¿creerán o no creerán lo que está en ellas?

### *Espiguemos en la obra de Sergio*

José Toribio Medina fue un fabuloso coleccionador de copias de documentos. Acumuló sobre cada hecho tal cantidad de papeles que sobrecoge el espíritu una obra tan prolija y tan enorme. No lo sedujo como a Fernández ser dueño de papeles originales. De hecho el catálogo de sus documentos originales no es copioso, sino al contrario muy breve. Otra de las características de un archivo de originales es ser desparramado y breve en los puntos particulares. Medina al escribir sus grandes colecciones documentales tuvo como norte el tema, y en torno a él acumuló los materiales, sin importarle los originales que obraban en su poder. Sergio Fernández, con cierta notoria complacencia, publicaba los documentos originales que poseía, reduciendo el campo de su investigación a los límites que ofrecía su archivo.

Heterogénea resulta la enumeración de las cartas por los nombres que nos pone delante. La Infanta Isabel Clara Eugenia nos lleva hasta la rendición de Breda, erizada de lanzas en Velázquez, que Calderón, en sus versos, las ve movidas por el céfiro. Sigue el Duque de Rivas, viejo y embajador, lejos de guerras, aventuras, revoluciones y triunfos literarios, que le dieron en su patria la triple corona del primer lírico, del primer épico y del primer dramaturgo del romanticismo, es ahora un tranquilo diplomático, cuyo mensaje no pasa de preocupaciones de familia y de amistad con Narváez, el Duque de Valencia. Sigue en seguida Julio Cejador y Frauca, plurifacético y atormentado, de férrea disciplina, tozudo como su origen aragonés y zaragozano. Todo el archivo de Cejador es como para remover íntegra la filología hispánica. Fernández se limitó a su *Historia de la lengua y literatura castellana*, cuyo primer tomo debió servir de modelo a los demás. Sin embargo, el riesgo estaba más adelante. Incorporó a los autores hispanoamericanos y para acertar mejor se escribió con todos ellos y no todos correspondieron a la legítima ambición del autor. Sin embargo, el esfuerzo de Cejador, es algo aleccionador y eso surge del epistolario que publicó Fernández, porque nos muestra el revés de la trama y las respuestas no corresponden a las expectativas del maestro. Sergio, de nuevo aquí, da a conocer los personajes de las cartas, literatos eminentes por otros conceptos, y los encierra en un esquema acertado: nombre del corresponsal, lo que dice de él Cejador, biografía del corresponsal, su bibliografía y las fuentes para su estudio. Los 25 corresponsales de Chile no están mal seleccionados y eso va en elogio de Cejador. Si el libro no fue un triunfo, fue indudablemente un libro de provecho y uno de los intentos, un tanto copiosos de adentrarse en la historia literaria hispanoamericana, donde con acierto, pero con menos audacia, ya había entrado Marcelino Menéndez y Pelayo. La obra tuvo 14 volúmenes y le costó más de siete años de trabajo.

Y sigue el desfile con Rubén Darío, con Andrés Bello, (donde en gracia de la curiosidad del lector dio el catálogo de la sección Andrés Bello de su archivo), con Unamuno, que nos ilustran en un sentido bastante hispanoamericano, dejando uno que otro nombre, digno de mención y de respeto.

Las cartas chilenas son diplomáticas, con Alberto Blest Gana y Abdón Cifuentes, bélicas con Ricardo Santa Cruz y Rafael Torreblanca en las filas del combate, y subiendo a nivel de estrategias y políticos en la misma contienda del 79 podemos leer, gracias a Sergio, cartas de o/ a Erasmo Escala, José Antonio Gandarillas Luco, José Francisco Vergara y Miguel Grau. Y ya que el amor son "dulces guerras de amor y dulces paces", como dice el poeta, abramos las cartas de amor de Pablo Neruda y de Gabriela Mistral, donde hallaremos ese mundo interior que cada persona quisiera guardar secreto y maravillado, sin que nadie osara turbar su grato silencio. Pero también

es bueno que algunas lleguen al público, no por malsana curiosidad, sino como documento de vida y de esperanza.

Dos veces intervino Sergio en el Archivo O'Higgins, y fue en el tomo 24 con los secuestros de la Patria Nueva y, en las cartas de O'Higgins, en el tomo 32, para el que proporcionó 129 cartas (sin contar no menos de 40 que dio para los otros tomos). Al fin del prólogo de esta obra, Sergio nos enseña lo que piensa de las cartas: "... no es fácil descubrir un elemento más sólido, más auténtico, para reconstruir el ideario y la vida de un ciudadano que el de sus propias cartas. De ellas, el ser íntimo fluye, sin impurezas que lo corrompan, como las aguas de un manantial".

### ***Sentido e interpretación***

Un hombre no es lo que escribió solamente, sino también lo que hizo, y hasta lo que proyectó y entrevió en sueños. Ahora estudiamos la obra histórica de Sergio. No le tentó escribir su propia vida y lo que había hecho en el campo político y diplomático. Prefirió la lección ajena: lo que otros hicieron y lo que nos legaron.

Tenía pasta de erudito y de coleccionista, que de por sí es ya una vocación. A sus afanes archivísticos quiso añadir el oficio de escritor, condicionado por su archivo a los temas y a los límites de sus manuscritos. Si bien es cierto que lo atraía el personaje literario, sin embargo, lo trataba con enfoque histórico, porque en todas las artes y las ciencias hay historia. Su oficio de escritor fue el puente entre su archivo y el público ilustrado, pero como era un hombre y no una institución, no pudo dar todo su haber archivístico a las prensas.

Sergio venía de otros campos a la historia. Venía del campo, de las leyes, como abogado y legislador, venía de la diplomacia y, al atardecer, tomó la pluma como oficio dilecto. Tal vez le faltaba haber sido del oficio toda la vida, pero eso no le quitó el mérito de consagrar veinte años de su vida a la erudición y a la historia y con brillante fruto en su otoño cosecha.

*Walter Hanisch S.I.*

Santiago, 16 de junio de 1984

NB. Este artículo es un *resumen*, *hecho por su autor*, del discurso pronunciado en la Junta Pública de la Academia Chilena de la Historia en homenaje a la memoria de su ex Presidente, el 7 de mayo de 1984.